

Card. Stanisław Ryłko
Presidente
Pontificio Consejo para los Laicos
Ciudad del Vaticano

IV CONGRESO EUROPEO DE PASTORAL JUVENIL
“Una Iglesia joven, testigo de la alegría del Evangelio”

EUCARISTÍA

Roma, 11 de diciembre de 2014

Saludo e introducción

Con esta Eucaristía terminamos la primera etapa de nuestro Congreso Europeo de Pastoral Juvenil, una jornada extremadamente rica; llegados al final de la misma, con el corazón lleno de gratitud, queremos traer al altar del Señor los frutos de nuestro trabajo, las conferencias escuchadas, el vivo debate y el intercambio de experiencias en los grupos... Todo hoy ha querido reanimar en nosotros – responsables de pastoral juvenil a nivel de las Conferencias Episcopales Europeas – esa “dulce y confortante alegría de evangelizar” las jóvenes generaciones de nuestro Continente. Nos lo pide el Sucesor de Pedro, el Papa Francisco...

Y ahora preparemos nuestros corazones para el encuentro con el Señor en su palabra y en el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, mediante un acto de sincero arrepentimiento por nuestros pecados.

Homilía

El alma de la pastoral juvenil – una inquietud profética...

1. En la primera lectura, el profeta Isaías describe con tonos dramáticos la situación de la humanidad que esperaba al Mesías: “buscan agua pero no hay nada; la lengua se les secó de sed” (Is 41,17). ¿De qué sed se trata? Ciertamente no de sed de agua potable, sino de una sed más profunda: sed del alma... sed del Mesías... sed de Dios... ¿No puede verse en este texto un retrato de los jóvenes del Continente Europeo de nuestro tiempo, que portan en sí una enorme sed del sentido de la vida, de esperanza del futuro, de la fe? Los jóvenes de hoy tienen una gran sed de Dios... Las conferencias que hemos escuchado en esta jornada nos han mostrado cuantos jóvenes están desorientados, confundidos y por ello son presa fácil del mundo de la

delincuencia, de las dependencias destructivas (droga, sexo)... ¡Cuántos jóvenes sin futuro porque sin trabajo! ¡Y cuántos jóvenes “descartados”, jóvenes que el mundo considera “inútiles”! Los periódicos hablan de toda una “generación perdida”...

La Iglesia no puede permanecer indiferente ante este grito de los jóvenes de hoy: “¡Tenemos sed! ¡Morimos de sed! Iglesia, ¿dónde estás?” Seguramente Dios no es indiferente a este grito. En la profecía de Isaías, Dios dice: “Yo, el Señor, les responderé. Yo /.../ no los desampararé. Abriré sobre los calveros arroyos y en medio de las barrancas manantiales. Convertiré el desierto en lagunas...” (Is 41, 17-18). Esta es una palabra de esperanza, una palabra de gran aliento para todos nosotros, responsables de pastoral juvenil: ¡Dios no nos deja solos! Nos precede siempre y sabe escribir derecho incluso sobre líneas torcidas...

El Papa Francisco sueña una Iglesia que viva en dinamismo constante de “salida”, de “éxodo” hacia las periferias existenciales habitadas también por los jóvenes; quiere una Iglesia que no se cierre en los recintos estrechos de las comunidades parroquiales, de los grupos pastorales, sino que sepa mirar mas allá... Quiere una Iglesia animada por la audacia de ir cada vez más lejos, de no detenerse jamás; una Iglesia que, como buena samaritana, se incline con amor materno ante las heridas de los jóvenes para vendarlas... Cuántas veces ha dicho: “prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro...” (EG, 49). Durante este Congreso queremos entrar justamente en esta perspectiva de “éxodo” y ampliar nuestra mirada para llegar a los jóvenes que quizá no encontramos nunca en nuestras iglesias, en nuestros grupos, pero que son igualmente “nuestros”... Y preguntémonos sinceramente: ¿qué hacemos por ellos? Queremos despertar de nuevo y desarrollar en nosotros ese gusto espiritual por estar cerca de la vida de los jóvenes, especialmente de los lejanos...

2. Entonces, ¿cómo debería ser el *identikit* de un operador de pastoral juvenil de nuestro tiempo? La liturgia de la palabra de la Eucaristía de hoy nos ayuda y nos presenta un modelo en la figura de San Juan Bautista – el último y el más grande de los profetas... La liturgia nos invita justamente a pensar nuestro trabajo pastoral con los jóvenes como una misión profética. Me parece que esta es una característica muy importante. Veamos entonces brevemente los rasgos esenciales de un profeta...

El profeta vive y obra como una *persona “descentrada”* – esta es una expresión que le gusta mucho al Papa Francisco. ¡Al centro de su vida está Dios y no su yo! Un profeta está siempre animado por una gran pasión por la causa de Dios. Juan Bautista amaba decir: “Él (¡Cristo!) debe crecer; yo, en cambio, disminuir” (Jn 3,30). Y esta es una lección de humildad de la que todos tenemos necesidad: “Somos siervos inútiles” (Lc 17,10). De ahí la importancia del reconocimiento factivo del “primado de la gracia”. Esta actitud nos da fuerza y valentía ante los desafíos de nuestros días y, al mismo tiempo, nos protege ante el riesgo – bastante difundido entre los pastores – de un cierto “narcisismo pastoral”, de una exagerada búsqueda de si mismos y de la propia gloria, en lugar de la de

Dios. Un pastor concentrado sobre sí mismo daña la causa de Dios y no construye – o mejor – construye sobre arena...

Además el profeta debe tener la valentía de *ser signo de contradicción* en el mundo, cuando Dios lo llama a anunciar verdades incómodas, que van contracorriente respecto a los *diktat* de la cultura dominante y del pensamiento políticamente correcto de cada momento. Un profeta, por ello, no debe buscar una popularidad fácil, los aplausos a cualquier costo – debe en cambio anunciar y defender la verdad siempre y en todo caso... Se trata de una importante admonición para todos los operadores de pastoral juvenil: tener la valentía de anunciar a los jóvenes aquellas metas altas y exigentes del Evangelio. ¡No olvidemos que los jóvenes aman ser desafiados! San Juan Pablo II decía a menudo de sí mismo: “Yo soy amigo de los jóvenes pero soy un amigo exigente”. Y el Papa Francisco habla de la necesidad de despertar en los jóvenes la “magnanimidad”, es decir, la viva conciencia de que Dios nos ha creado para las cosas grandes, no pequeñas. Servir a la verdad – junto a una verdadera caridad pastoral – es un acto fundamental de misericordia que está en el corazón mismo del Evangelio. En nuestros tiempos, marcados por una profunda crisis antropológica, por una verdadera crisis de valores y, en consecuencia, por una preocupante emergencia educativa, ser guías espirituales y educadores nos pide volver a despertar en nosotros el alma y la valentía de los profetas...

En fin, el tercer rasgo que distingue un profeta: *la inquietud del corazón...* El profeta es una persona inquieta, no se detiene nunca. Mientras los demás tranquilamente se contentan y se acomodan, él mira siempre más allá, en búsqueda de nuevos caminos... Impulsado por Dios, está continuamente en “movimiento” y no es raro que moleste a la gente que está a su lado, se arriesga a ser fastidioso e incluso puede ganarse enemigos... Así fue en el Antiguo Testamento y así es también hoy. El profeta busca modos y vías siempre nuevas para transmitir el mensaje que Dios le ha confiado. Y es justamente esto lo que el Papa Francisco, en esta nueva estación evangelizadora de la Iglesia caracterizada por la alegría, espera de nosotros los cristianos y especialmente de los pastores. Creo que el objetivo principal de este Congreso es exactamente éste: ser una suerte de “sana provocación” capaz de despertar en cada uno de nosotros esa inquietud misionera que es el alma de toda actividad pastoral de la Iglesia. Y concluyo con las palabras del Papa Francisco: «Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca» (EG, 279).